Ramiro Jácome: la persecución de la figura

◆

María Constantino

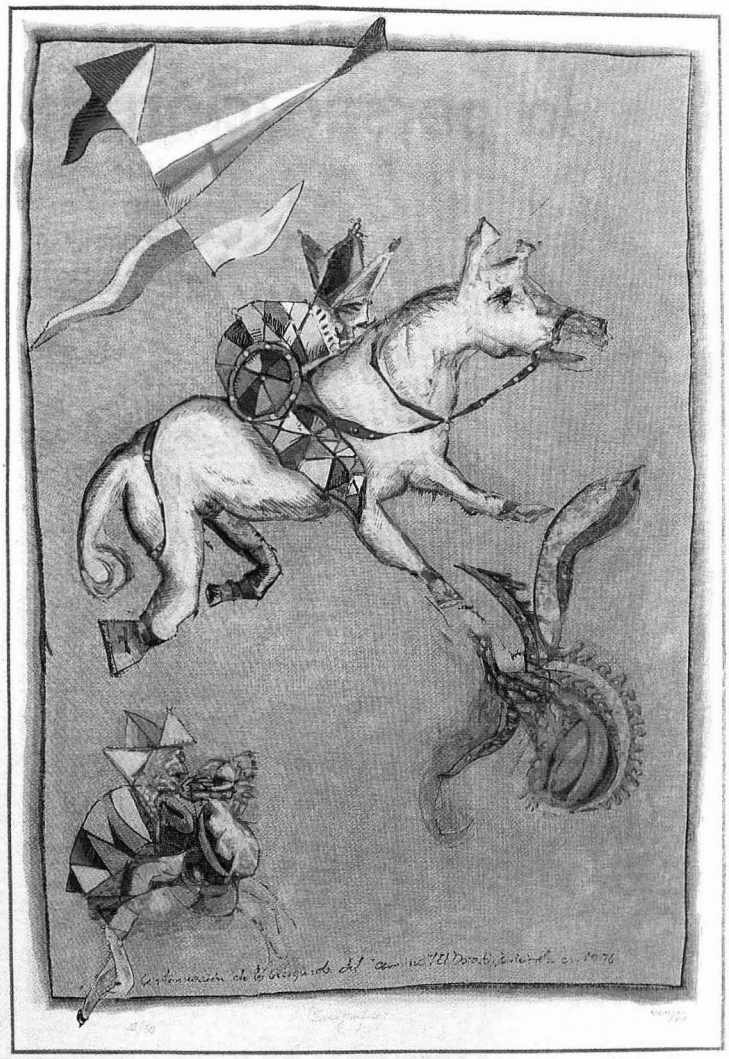
Ramiro Jácome, *Instantánea*, 1988, acrílico, 160 × 120 cm (Col. privada)

Como los episodios históricos del Continente, las artes plásticas de América Latina son, en conjunto, más bien violentas a la par que fantasiosas y poéticas. Por etapas enteras y grupos de pintores representativos, las situaciones desgarrantes, históricas y sociales, han alimentado la iconografía latinoamericana; han propiciado un realismo a veces salvaje, a veces exuberante que, desde la intención directa y literal, ha transitado con facilidad sorprendente al encubrimiento simbólico, al hiperrealismo o incluso a una bien dotada gama de realismo mágico y/o sensual.

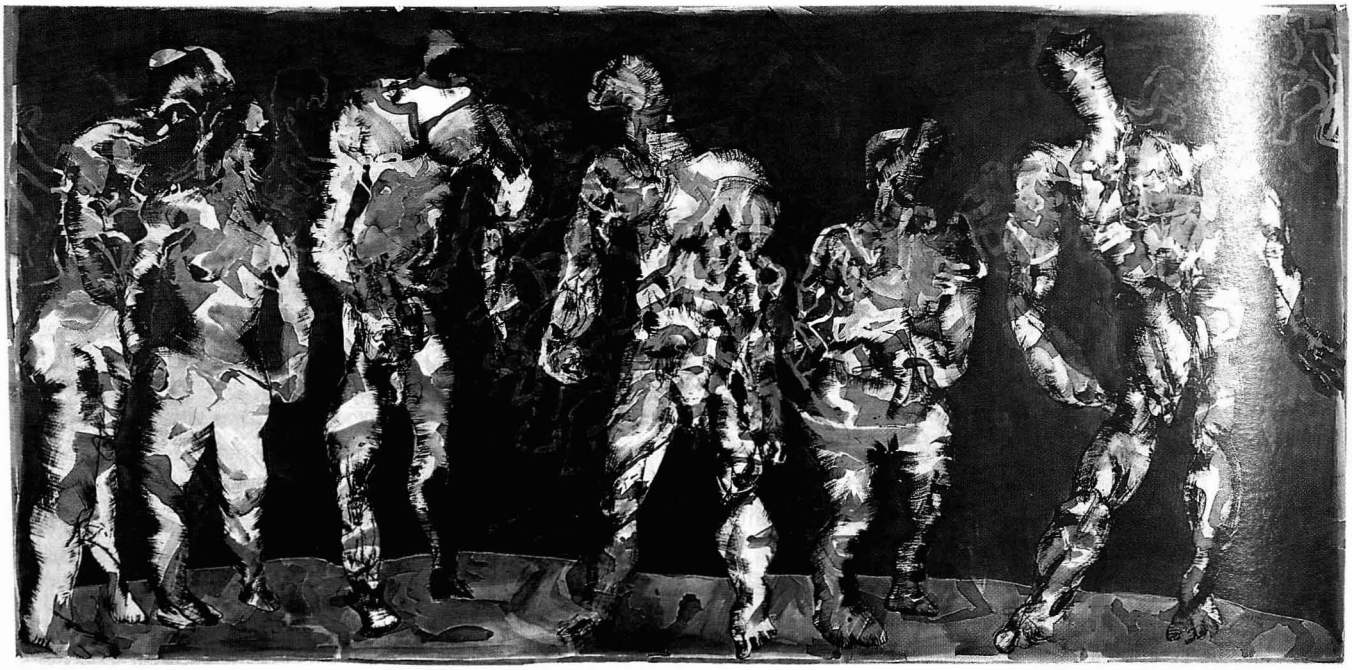
Ramiro Jácome (Quito, 1948) ha sido testigo y protagonista de esta inclinación del arte latinoamericano por anular la interpretación idílica del binomio realidad-historia. Con un rigor inusitado en la plástica ecuatoriana se sumergió durante sus primeros años de práctica y aprendizaje en el rayón impulsivo, en la expresividad a flor de piel y en una visión literaria de la realidad que —en conjunto con "los mosqueteros", jóvenes pintores de su generación— se despeñaría sorpresivamente en la vida cultural de su país. En efecto Iza, Román, Unda y Ramiro Jácome no permanecerían al acecho de la "oportunidad" institucional adecuada para "ser lanzados" al conocimiento de la plástica continental; con esfuerzos propios, el grupo de jóvenes pintores, en "tres años de convivencia organizamos y participamos en una serie de exposiciones: Quito, Guayaquil, Lima, Washington, entre otros".

A la mitad de los setentas Jácome se independiza y presenta, casi con euforia pasional, los resultados de una creatividad que curiosamente equilibra violencia y raciocinio, desbordamiento y vibración, color, espacio y forma. Por momentos desemboca en cierto neoexpresionismo lleno de matices cuneiformes. A partir de los

noventas los cuadros de Jácome delatan un prurito de orden de planos, cierto geometrismo lúgubre y, al fin artista perceptivo e informado, figuras humanas en descomposición a lo Francis Bacon pero cubiertos de una suerte de misterio intelectual o, mejor, dramáticamente racional. Las rayas y los colores vibran un poco más tarde y los cuadros se cubren de móviles formas cambiantes, combinadas con signos, señales y palabras que, a medio balbucir, expresan sugerentemente la búsqueda casi desesperada de razones y principios de la época actual. Buen artesano, al iniciar su carrera, Jácome es un trabajador implacable: su alimentación técnica, sus indagaciones de procedimiento cubren sistemas y "modos de hacer" plásticos cercanos y lejanos. Por momentos se acomodó en el pleno abstraccionismo pero regresó en seguida al proceso infinitamente más difícil de desintegrar la figura hasta perderla en el plano o en el subsuelo del cuadro, de manera que el espectador no pierda ni el paso ni su capacidad de detección durante su recorrido por la superficie de la tela.



Ramiro Jácome, *Caballero,* 1987, serigrafía, 50 x 70 cm

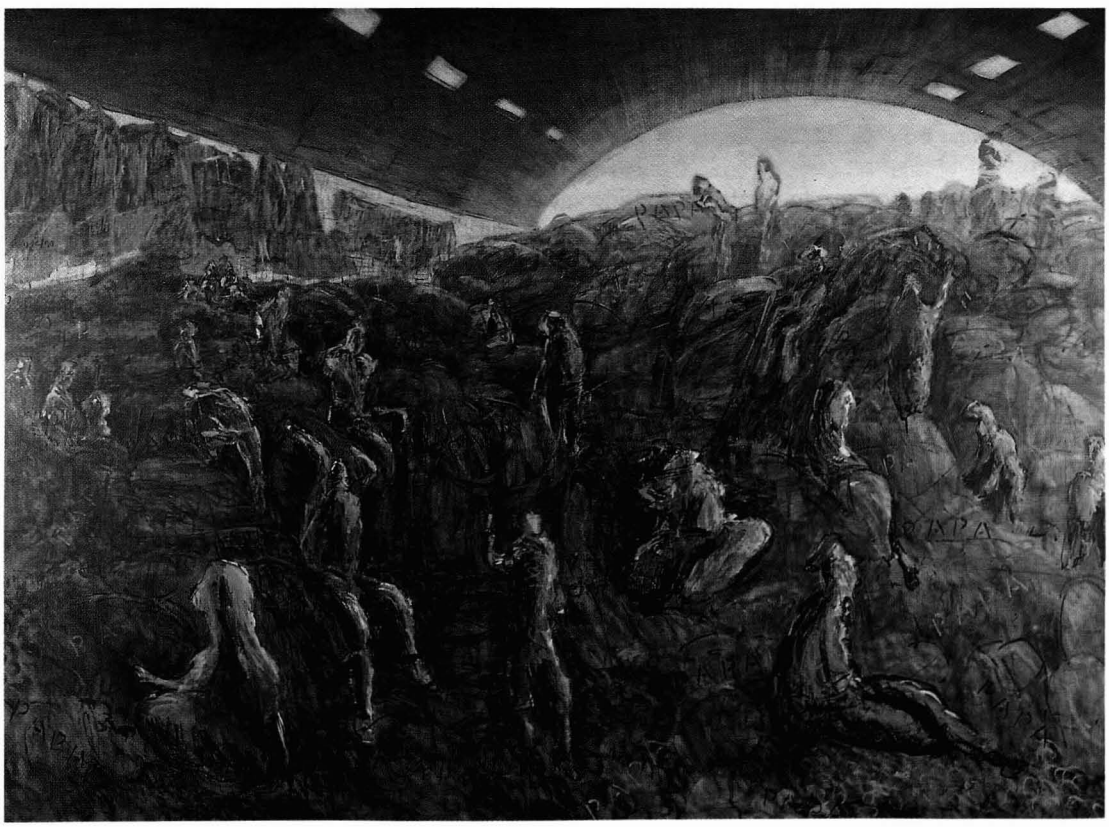


Ramiro Jácome, *Hombres de color,* 1990, acrílico/papel, 300 × 150 cm (Col. del artista)

Ramiro Jácome, *Inocentes*, 1988, acrílico, 60 × 80 cm (Col. privada)

En *Emigrantes* (1990) sobreviene incluso una danza de estatuas o simios que sin desentenderse de ellos mismos parecen indicar las presiones de la historia (la narración) del cuadro. En *Homenaje al maíz* (1990) América Latina desentierra con esfuerzo inaudito la simiente de su producto ancestral y lo trae a la superficie de la vida social descubriendo a sus muertos, a sus batallas económicas, a sus personajes anónimos. Mientras tanto, en la periferia urbana, la asepsia metropolitana se desintegra, se expone y se desvanece en *Condominio* (1992).

Ramiro Jácome se erige en testigo activo; prefiere las referencias que hacen creer y crecer al observador, compenetrarse y comprometerse en igual medida, por partes iguales, como si toda la historia de los protagonistas de la plástica latinoamericana no fuese otra que una especie de clamor violentado, colectivizado, zarandeado o expropiado en sus bienes y en sus fines. Vitalidad refleja y reflejante, la inventiva de Jácome es sustanciosa, como una conversación accidentada, como una expresividad que se hace más elocuente mientras más se sujeta. Nada tan alejado de la realidad y de la fantasía como confundir colores y trazos matizados con equilibrio o misticismo. Ramiro Jácome inyecta a sus composiciones de una angustia, de una sobrecarga que se manifiesta en el pie deshecho de un cuerpo que canta, en la piedra derretida de un monumento, en la triangulación o rectangulación plana de un funeral, un acto de amor, un homenaje o un crimen. A su natural y espontánea sensualización opone ciertos malabares geométricos que —por el efecto choque— delinean o enmarcan el fenómeno dramático. Qué avidez de des-europeizar, qué ganas de situarse en su tiempo y en su espacio social, qué inclinación por la violencia soterrada de nuestros días y nuestros acontecimientos. Ramiro Jácome, chuyita y mestizo, blanco y negro, no halla, no descubre la calma interior. No lo hará nunca. Qué bueno. ◆



Ramiro Jácome, *Mercado mayor*, 1989, acrílico, 180 × 122 cm (Col. del artista)